

CESARE PAVESE

La casa en la colina

Traducción de
Carlos Clavería Laguarda



Hubo un tiempo en que se decía «colina» como si dijéramos «mar» o «bosque». Volvíamos a ella por la noche, desde la ciudad que se quedaba a oscuras, y para mí no era un lugar entre otros, sino un aspecto de las cosas, una manera de vivir. Por ejemplo, no veía la diferencia entre aquellas colinas y estas viejas en las que jugué de niño y ahora vivo: igualmente son un terreno accidentado y serpenteante, cultivado y salvaje, todo caminos, casas de campo y barrancos. Subía al atardecer, como si yo también huyera del sobresalto nocturno de las alarmas, y las calles eran un hormiguero de gente, pobre gente que dejaba la casa e iba a dormir en los prados tras cargar el colchón en la bicicleta o al hombro, entre gritos y discusiones, gente indócil, crédula y divertida.

Se emprendía la subida y todos hablaban de la ciudad condenada, de la noche y de los terrores inminentes. Yo, que hacía tiempo que vivía allí, veía que poco a poco cambiaban de dirección y se alejaban, y llegaba un momento en que la subida la hacía solo, entre los setos y la tapia. Caminaba entonces aguzando el oído, levantaba la vista a los árboles familiares, olía las cosas y la tierra. No tenía penas, sabía que (de noche) la ciudad podía acabar en llamas y morir la gente,

pero que los barrancos, las casas en los campos, los senderos iban a despertar calmos e idénticos, que vería amanecer desde la ventana que da a los frutales y que iba a dormir en cama, esto sí. Los desalojados de sus casas que dormían en los prados y en los bosques iban a volver a la ciudad como yo, solo que más cansados y tiritones. Era verano y recordaba las noches de cuando vivía y dormía en la ciudad, noches en las que yo también bajaba hasta ella de madrugada cantando o riendo y miles de luces punteaban la colina y la ciudad al final del sendero. La ciudad era como un lago de luces. En aquel tiempo, la noche la pasábamos en la ciudad. No se sabía que fuera un tiempo tan breve. Se prodigaban amistades y jornadas en los encuentros más fútiles. Se vivía, o así los creíamos, con los otros y por los otros.

He de decir —nada más comenzar la historia de esta larga ilusión— que la culpa de lo que me sucedió no hay que echársela a la guerra. Es más, la guerra (estoy convencido) podría salvarme todavía. Cuando vino la guerra, hacía tiempo que vivía allá arriba, en aquellas habitaciones alquiladas, pero si no hubiera sido porque el trabajo me retenía en Turín, habría vuelto mucho antes a la casa familiar, a vivir en colinas diferentes. La guerra me quitó solo el extremo escrúpulo de estar solo, de comerme solo los años y el alma, y un buen día reparé en que Belbo, el perro enorme, era el último confidente sincero que me quedaba. Con la guerra se legitimó el deseo de encerrarse en uno mismo, de vivir al día, de no lamentar las ocasiones perdidas. Podría decirse que la guerra la esperaba desde hacía tiempo, incluso que contaba con ella, con una guerra tan insólita y vasta que costaba poco refugiarse y dejar que se hiciera violenta, sobre el cielo de las ciudades, cuando uno volvía a la casa en la colina. Ahora pasaban cosas que el simple vivir sin lamentarse, sin casi hablar, me parecía un

buen modo de comportarse. Aquella especie de sordo rencor en el que había encerrado la juventud encontró con la guerra un refugio y un horizonte.

También aquel atardecer ascendía la colina: oscurecía y más allá de las tapias se recortaban las cimas. Belbo, acurrucado en el sendero, me esperaba en el rincón de siempre y yo lo oía quejarse en la oscuridad. Temblaba y escarbaba. Corrió hacia mí y saltó para lamerme la cara. Lo calmé, le hablé hasta que volvió al suelo y se puso a correr delante de mí; se detuvo a olisquear un tronco, feliz. Cuando vio que en lugar de tomar el sendero me adentraba en el bosque, dio un salto de felicidad y se metió entre los árboles. Es bello recorrer la colina con el perro. Mientras uno camina, él husmea y reconoce por nosotros las raíces, las madrigueras, los torrentes, las vides escondidas y multiplica en nosotros los placeres del descubrir. Ya de niño me parecía que caminar por el bosque sin un perro era perder demasiada parte de la vida y de lo que está oculto en la tierra.

No quería volver a casa antes de que fuera noche cerrada, pues sabía que las dueñas, las mías y las de Belbo, me esperaban como siempre para hacerme hablar, para cobrarse por los cuidados que me dispensaban, la cena fría y la amabilidad con las tortuosas y apresuradas opiniones que tenía del prójimo. A veces un nuevo episodio de la guerra, una amenaza, una noche de bombas e incendios, daban a las dos mujeres argumentos para afrontarme en la puerta, en el huerto, alrededor de la mesa y charlar, sorprenderse, exclamar, sacarme a la luz, saber de mí, creerme uno de ellos. A mí me gustaba cenar solo, en la sala casi a oscuras, solo y olvidado, atento el oído, escuchar la noche y sentir el paso del tiempo. Cuando en la oscuridad sobre la ciudad lejana mugía la alarma, mi primer disgusto era lamentar la soledad que desaparecía, el miedo y el desconcierto

que llegaban hasta allá arriba, las dos mujeres que apagaban las lámparas ya de por sí a medio gas, la ansiosa esperanza de algo grande. Salíamos todos por entre los frutales.

De las dos, prefería a la vieja, la madre, que en la mole del cuerpo y en los achaques transportaba algo semejante a la calma, terrestre, y uno podía imaginársela bajo las bombas igual a como se te aparecería una colina a oscuras. No hablaba mucho, pero sabía escuchar. La otra, la hija, una soltera cercana a los cuarenta, era reservada, huesuda y se llamaba Elvira. Vivía preocupada por que la guerra subiera hasta allí. Reparé en que pensaba en mí con angustia, y me lo dijo: sufría cuando yo estaba en la ciudad, y una vez que la madre se burló de ella en mi presencia, Elvira respondió que si las bombas destruían más barrios de Turín, iba a tener que quedarme con ellas día y noche.

Belbo corría arriba y abajo por el sendero y me invitaba a meterme en el bosque, pero aquella noche preferí detenerme en un recodo de la subida, sin árboles, desde donde se dominaba el gran valle y las laderas. Así era como me gustaba la colina, serpenteantes las crestas y las laderas, a oscuras. En tiempos era igual, pero la punteaban muchas luces, una vida tranquila, hombres en las casas, reposo y alegría. Incluso ahora se oía de vez en cuando una voz tronar, reír a lo lejos, pero la gran oscuridad se hacía notar, lo cubría todo y la tierra había recuperado lo selvático, sola, como la conocí cuando fui niño. Debajo de los cultivos y los senderos, detrás de las casas de los hombres, bajo los pies, el antiguo corazón indiferente de la tierra incubaba en lo oscuro, vivía en barrancos, en raíces, en cosas ocultas, en miedos infantiles. Empezaba por aquel entonces a regodearme en los recuerdos de la infancia. Se diría que, bajo los rencores y las incertidumbres, bajo las ganas de estar solo, me veía niño para tener un

compañero, un colega, un hijo. Volvía a ver el pueblo en el que viví. Estábamos solos: el niño y yo. Revivía los descubrimientos selváticos de entonces. Sufría, sí, pero con el gesto huraño de quien no reconoce ni ama al prójimo. Y discurría, discurría, me hacía compañía. Estábamos los dos solos.

También aquella noche venía de la ladera el rumor de las voces mezcladas con cantos. Venía de la otra vertiente, a donde nunca me había acercado, y parecía un reclamo de otros tiempos, una voz de juventud. Recuerdo por un momento las comitivas de gente que escapaba y que, por la noche, como gigantes, revoloteaban por los márgenes de la colina. Pero el rumor no se movía, salía siempre del mismo sitio. Era extraño pensar que, bajo la oscuridad amenazante, delante de la ciudad enmudecida, un grupo, una familia, gente cualquiera, engañaran la espera entre cantos y risas. Ni siquiera pensaba que hiciera falta ser valiente. Era el mes de junio. La noche era hermosa a cielo descubierto, bastaba con abandonarse. Pero, dentro de mí, me alegraba de no tener en la vida un afecto verdadero ni una obligación, estar solo, no ligado a nadie. Ahora me parecía haber sabido siempre que al final iba a producirse esta resaca entre la ciudad y la colina, y la angustia perpetua que limitaba los proyectos a la mañana siguiente, a la hora de despertarse, y casi casi lo habría dicho, si alguien hubiera podido oírme. Pero solo un corazón amigo podría haberme escuchado.

Belbo, en pie sobre la cresta, ladraba a las voces. Lo tomé por el collar, lo mandé callar y presté atención. Entre el fulgor de las voces del vino había algunas límpidas, y una de mujer. Rieron, se hizo el barullo, y resonó una voz aislada de hombre, bellísima.

Estaba a punto de volver sobre mis pasos cuando me dije: «Eres tonto. Las dos viejas te esperan. Deja que esperen».

Intentaba descubrir en la oscuridad el lugar exacto en el que estaban los cantores. Dije: «Igual es gente que conoces». Cogí a Belbo y le hice seña de bajar por la otra vertiente. Murmuré una frase de la canción y le dije: «¡Vamos!». Desapareció de un salto.

Y entonces, dejándome guiar por las voces, me encaminé por el sendero.